

La paradoja del sufrimiento

Alicia Casullo (SAP)

Marcos Tabacznik (APdeBA)

Digamos que un analista que ignora su propio dolor psíquico no tiene ninguna posibilidad de ser analista [...].

J-B Pontalis (1973) p.266

El dolor, propiedad de lo humano, y compromiso emocional del analista

Sin duda la relación afectiva y los sentimientos son el centro de las operaciones y de la elaboración del analista. “El trabajo sobre los afectos demanda una parte considerable de nuestro empeño” (Green, 2008, p.163). Sumergirnos en el campo analítico es el camino fundante para arribar a la comprensión y dar inicio a un proceso de cambio en el tratamiento. “No existe resultado favorable que no suponga cambio afectivo” (Green, 2008, p.163). Ferenczi fue el primero en plantear de manera clara este centro de observación, recorrido que había iniciado Freud, pero que abandona en nombre de una metapsicología y de la economía del aparato psíquico. Podemos decir que Freud es el cartógrafo de la mente, como afirma Borgogno (1999), pero es Ferenczi, su delfín, quien continúa los pasos abandonados por el pionero en materia de interacción primaria y trauma, dos términos altamente relacionados entre sí y con el dolor.

El sufrimiento, como también el amor, son propiedades constitutivas de lo humano. Enfrentar el dolor es el tema central del Congreso que nos convoca y también de nuestro diario quehacer, no sólo en la relación con nuestros pacientes, sino también en nosotros mismos

como analistas. Como dijo Freud (1930 [1929]) el sufrimiento amenaza al hombre desde tres lados; desde el cuerpo propio, destinado a la ruina y a la disolución; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros y desde los vínculos con los otros seres humanos. Este último, tal vez el que más dolor le inflige, es el que nos compete en nuestra artesanía.

Será nuestra meta como analistas lograr vivir y ayudar a vivir a nuestros pacientes con la menor sujeción al dolor que origina la interacción humana, para obtener de ella su mayor riqueza. Tolerar el dolor transforma al hombre, implica una mente separada, un proceso de desidentificación, un objeto como hecho conjetural, que puede conocerse desde diferentes vértices; supone también aceptar la polisemia, la duda, la incertidumbre, el desamparo, ya no se va hacia la muerte, se va con la muerte, se acepta la pérdida, la herida narcisista, el destino como finitud, la distancia en el encuentro con el otro. Se aprende que la distancia es vínculo, es condición de encuentro, donde la palabra cobra significado, alude de manera pertinente. Reconocer el dolor habla de temporalidad, de límites, sean del cuerpo o del yo. El conocimiento adquiere status en sí mismo, el hombre adquiere libertad y la responsabilidad de sostener la interdependencia que une y separa para que se dé el encuentro que necesita con el otro.

Pero podemos vivir tratando de huir o neutralizar el dolor a través de reivindicarnos, como mero intento narcisista. En este caso el dolor se adueña de nosotros, nos domina, nos arrasa, perdura la idea de que la vida está en deuda con uno porque le robó su supuesta integridad. Se sigue viviendo en el reino de la atemporalidad. De forma activa se da una sujeción al dolor, se teme el cambio que se vive como un renunciamiento insoportable.

En la situación analítica el dolor se instala en el núcleo, el analizando expone su dolor ante el analista y este dolor tiene que ver con un "otro", alude a su presencia o ausencia, al modo de vínculo, al padecer, a sus perturbaciones en el pensar. Será más difícil cuanto mayor y más temprano sea el trauma padecido por el paciente que puede llegar a la imposibilidad de alcanzar un proceso de desidentificación del objeto traumático. A veces el monto de la demanda a

que nos expone el paciente parece exceder la capacidad de nuestra escucha y nuestra contención, o exigirnos un compromiso que no sabemos, no podemos o no queremos dar. Esta falta de compromiso es la denuncia que con dolor plantea Ferenczi, fundamentalmente en sus últimos trabajos, en los que critica la demagogia superyoica, el trato impersonal, la confusión de lenguas, la explotación del poder ante la transferencia idealizada, el placer sádico frente a la dependencia y el sufrimiento... y la refería a los malos análisis. Para contactar con esos dolores tan primarios el analista necesita alcanzar una capacidad de regresión, equivalente al sentimiento maternal, esa capacidad de captar el estado infantil, sentimiento sobre el que Ferenczi basa la empatía (1988). Son pacientes que exigen del analista alto compromiso emocional. Ferenczi clama por la necesidad de que el analista contacte con sus propias vivencias de la infancia, sus propios miedos, las frustraciones inevitables del crecimiento, el dolor frente a las agresiones que lamentablemente agregan muchas veces los cuidadores con las evitaciones ante las demandas de los niños, y clama también por un contacto emocional profundo con aquellos momentos difíciles y dolorosos de los propios procesos de análisis. Su pasión era incluir los aspectos más arcaicos o fragmentados del psiquismo a través de una utilización especial de la transferencia y la contratransferencia “acceso que le parece central en la comprensión y modificación de las patologías severas que él trataba, donde la capacidad simbolizante ha sido dañada por el trauma” (Boschán, 2009).

La convocatoria que hace IPA a reflexionar acerca del dolor es una formidable actividad que nos enfrenta con nuestra capacidad analítica que incluye nuestro compromiso con la verdad y con nuestra necesidad de redescubrir y mantener despierto ese espíritu revolucionario del método psicoanalítico, hecho que depende de los analistas que lo practicamos y lo hacemos crecer.

Llegar a ser analista va mucho más allá de la formación psicoanalítica formal, por indispensable que ésta sea y haya sido en la experiencia de cada uno. Como dice Bion (1975), la formación “*es el único método realmente efectivo para transmitir la experiencia analítica que por el momento tenemos; pero limitar nuestros esfuerzos a esta actividad tiene algo de culto esotérico*” (Bion, 1975, p.13). Ser

psicoanalista requiere de un proceso de comprensión e integración a partir de la experiencia del trabajo clínico que nos permite adquirir ese modo singular, ese estilo idiosincrásico, que cada analista tiene de acercarse afectivamente, comprender y ayudar a aliviar el dolor de sus pacientes, que es mucho más que un conjunto de teorías y técnicas, es un proceso viviente que tiene sus orígenes en la personalidad y la experiencia del analista, en su posibilidad de compromiso emocional, en su capacidad para referenciar su práctica, en su compromiso ético...

Actualmente el psicoanálisis trabaja cada vez más con sufrimientos narcisístico-identitarios, con situaciones extremas de subjetividad, en las que el centro del análisis está en la diferenciación yo-no yo, en el fracaso de las transformaciones simbólicas de la experiencia subjetiva y en la realidad histórica que tiende compulsivamente a repetirse y a actualizarse en el sujeto. El analista queda cada vez más comprometido en el campo. Digamos que son pacientes cuyos analistas requieren de un otro “que ayude a volver pensable lo impensable” (Gabbard y Ogden, 2009).

Pero no basta la experiencia intersubjetiva, es incompleta en ausencia de la contraparte intrapsíquica. Pensar la práctica clínica requiere momentos de trabajo de uno consigo mismo, en los cuales pensar y elaborar la contratransferencia movilizadora; y momentos de trabajo del analista fuera de la situación tensa del campo analítico y antes de volver a sumergirse en él, reflexión que puede hacerse en una supervisión, que siempre requiere un pre y un post trabajo personal, como también en una auto supervisión o, “supervisión silenciosa”, a decir de Paula Heimann (1970)¹.

Destacamos el trabajo de ensoñación (Gabbard y Ogden, 2009), como la función psicoanalítica más importante de la mente. El análisis se desarrolla en el área de superposición del soñar del paciente (asociación libre o juego en el psicoanálisis de niños) y del pensar-soñar del analista, cuyo trabajo de ensoñación genera una experiencia de *rêverie*. Con Ogden (2009) creemos en la necesidad de redescubrir el psicoanálisis a través de todas las actividades con él ligadas: du-

¹ Citado en: Borgono, (1999).

rante la sesión, en la supervisión, en un seminario, al leer un trabajo psicoanalítico, al escribirlo, que es otra forma de pensar. Tal vez esta forma de redescubrir el psicoanálisis es el principal motivo de nuestro trabajo: pensar-soñar una paciente mujer, profesional, soltera y sin hijos, rechazada por su madre y abusada por su padre; para quien la experiencia de sujeción al dolor es una constante en la que está atrapada. En ella prima la desesperanza, que también inculca en el analista, la creencia de que la vida le pague lo que le debe; le resulta muy difícil procesar su trauma temprano, hacer algunas “pases” con el terror que despiertan sus objetos internos arcaicos y valorizar su yo para enfrentar su despiadado superyó, representante de la violencia de sus objetos primarios.

La ruptura de la unidad original y el dolor del trauma

La Maldición. Elías Canetti (1988 p.46-48)

Laurica y yo volvimos a tolerarnos lo suficiente como para poder jugar a veces a darnos caza. Una vez, corríamos de un lado a otro, muy cerca de las calderas llenas de agua hirviendo y cuando Laurica me atrapó al lado mismo de una de ellas, me dio un empujón y caí en el agua caliente. Me escaldé todo el cuerpo menos la cabeza. La tía Sofía, que había escuchado mi aullido espantoso, me sacó fuera y me arrancó la ropa, y toda la piel con ella, se temió por mi vida [...].

Mi padre estaba en Inglaterra por aquel entonces y esto era lo peor. Estaba convencido de que me moría, le llamaba a voces y sentía que no volvería a verlo, lo cual para mí era un dolor mayor que el físico. [...] [T]odavía siento la desesperada nostalgia de mi padre. Pensaba que él nada sabía de lo que me había ocurrido y cuando me aseguraban lo contrario gritaba: "¿Por qué no viene? ¿Por qué no viene? ¡Quiero verle!". [...]

[T]odos los que cuidaban de mí me eran indiferentes, [...] no tengo presentes sus desvelos, debieron de haberme prestado muchas atenciones, pero yo no me daba cuenta, sólo tenía un pensa-

miento que era más que un pensamiento, era la herida en la que todo se diluía: mi padre.

Después escuché su voz, se acercó por detrás, yo estaba tumbado boca abajo, pronunció mi nombre en voz baja, dio la vuelta a la cama, le miré, puso suavemente su mano sobre mi cabeza, allí estaba él y yo ya no sentía ningún dolor.

*Todo lo que ocurrió a partir de ese momento me lo han contado.
[...]*

¡Cuán maravillosamente descrito el dolor de la ausencia del padre en ese momento traumático! La muerte estaba más cercana de él que ese padre que tenía tan adentro, pero de cuya presencia tanto necesitaba. Muerte - ¿trauma?, el personaje, autobiográfico del autor, parece fusionado con la vida, aunque la muerte estaba presente, y siguió tan cerca que lo llevó a decir: “Existen pocas cosas negativas que no haya dicho del hombre y de la humanidad. Y a pesar de todo me siento tan orgulloso de ambos que sólo odio realmente una cosa: su enemigo, la muerte”.

Pero el tema de *La maldición* es el dolor de la ausencia de ese padre con quien el personaje está fuertemente vinculado. Él ha interiorizado una relación, ha instalado un objeto interno que le sirve de referencia para aprehender el objeto externo. Tiene la facultad de ser sujeto y objeto para él mismo. Muy bien lo dice Ferenczi:

He llamado introyección a esta unión entre los objetos amados y nosotros, a esta fusión [inclusión] de tales objetos con nuestro yo, y estimo –lo repito– que el mecanismo dinámico de todo amor objetal y de toda transferencia sobre un objeto es una extensión [un ensanchamiento] del yo, una introyección” (1912, T 1 p.218).

Su padre, o mejor dicho, el conjunto de las pulsiones de las que es motivo y mediador, era el único capaz de apartarlo de las garras de la muerte. Sin esa presencia de amor todo desvanecía, estaba seguro que él experimentaba como suyo su dolor, se lo podía transferir y así, curarse.

Contar con objetos protectores y capaces de libidinizar hace posible enfrentar el trauma y su sufrimiento. Esto marca la diferencia entre la experiencia de vida del personaje y la realidad que vivió la paciente, que llamaremos Inés, de 57 años, primera hija mujer de cuatro hermanos y única profesional en una familia casi indigente desde lo emocional y lo cultural, en quien el dolor del trauma temprano perturba seriamente su psiquismo. El rechazo de su madre, “por ser mujer” y porque con su nacimiento siente cerradas todas las puertas que le permitirían reencontrarse con su “amado” –aunque haya sido bastante tiempo después cuando su madre le dice: “Si no hubieras nacido me hubiera podido separar de tu padre y recuperar mi vida”– la humilla y la avergüenza. Se produce así su primera herida narcisista que abre el camino al desamparo. El trauma produce una escisión narcisista del yo, un estado de fragmentación mental, no hay acceso a la palabra en tanto significación, ni al proceso elaborativo de los sueños.

Este desacogimiento que recibe de su familia malogra el proceso básico de introyección y sus logros subsiguientes. Inés tiene un yo eclipsado, un aparato psíquico disociado, profunda dificultad en el logro del amor objetal, falta del deseo, importantes dificultades en la simbolización, un rudimentario aparato de pensar, un soma casi imposible de transformarse en cuerpo erógeno –poco más que un soporte de enfermedades, muchas psicósomáticas, como fue un cuadro de “fatiga crónica” que la postra nueve meses, y de la que aún poco se sabe–; bajo nivel de insight; falta de vínculo con el otro, un deficitario sentido de la realidad.

Ferenczi fue el primer analista en introducir el concepto de introyección (1909) y en destacar la importancia de este proceso cuya falla impide el ensanchamiento del yo, al no poder incluir objetos de amor, el enriquecimiento libidinal progresivo, el levantamiento de represiones, la objetalización de su primitivo autoerotismo... Es la introyección la que da lugar a un proceso de inclusión del inconciente en el yo, proceso básico del orden del crecimiento que, además de permitir incorporar el mundo externo, le acerca al yo libido inconciente o reprimida. La introyección cumple el rol de mediadora del inconciente, pivotea entre lo narcisista y lo objetal, entre lo auto- y

lo hétero-erótico, transforma las incitaciones pulsionales en deseos o fantasías de deseo dándoles lugar en el juego objetal.

El rechazo inicial produce en Inés la pérdida de este objeto narcisísticamente indispensable que le impide la comunicación y que como resultado genera una vida separada y oculta. Niega la pérdida. En lo literal se traga el objeto que la rehusó, pues pierde la metáfora y se apropia del objeto a través de una fantasía de incorporación (Abraham y Torok, 2005), que indica la no aceptación de la pérdida sufrida por su psiquismo. Se trata de una incorporación instantánea, mágica, que a diferencia del proceso progresivo de la introyección, es cercana a la realización alucinatoria. Mientras que la introyección pone fin a la dependencia del objeto arcaico, la incorporación solo establece un vínculo imaginario con él, un recurso engañoso. Se “entiende [...] no como una demanda a satisfacer, como un hambre a calmar, sino como el lenguaje disfrazado de deseos no nacidos aún como deseos, aún no introyectados” (Abraham y Torok, 2005, p.215). La imago que se incorpora del objeto no es mucho más que un monumento que lo evoca.

¿Por qué decimos que se pierde la comunicación? *“El pasaje de la boca rebosante de pecho a la boca rebosante de palabras se efectúa a través de la boca vacía. Aprender a colmar con palabras el vacío de la boca, he ahí un primer paradigma de la comunicación”* (Abraham y Torok, 2005 p.235). Este proceso sólo puede darse con la asistencia de una madre que transfiere amor, poseedora ella misma del lenguaje. Es la constancia de esta función materna la garante de la significación de las palabras. Luego de adquirida internamente esta garantía, las palabras van a reemplazar la presencia materna y permitir el juego de nuevas representaciones para que continúe ese proceso de ensanchamiento del yo. Esta expansión del yo se detiene por la falla introyectiva, resultante de la falta básica de *“la presencia activa del(os) otro(s) en la apropiación primordial, pues si ese acogimiento no se da aparecen trastornos del desarrollo de gravedad variable y, en el límite, niños semi ferales”*. (Paz, 2008, p.160).

La importancia del otro primordial es fundamental para Ferenczi, “otro” al que le atribuye la capacidad de modificar el destino del sujeto, “por un ‘demasiado mucho’ o un ‘demasiado poco’ de natura-

leza libidinal proveniente de los padres, o, para ser más preciso, por sus respectivas ‘competencias transformativas’ [...] de responder a las necesidades del niño” (Borgogno, 2012, p.212). Ferenczi llamaba “*unidad original*” a esta relación madre-bebé (1988, p.164). El concepto se asemeja a la noción de “vivencia de satisfacción” (Freud, 1985), donde el accionar específico frente a la comunicación angustiante del neonato, proviene del auxilio ajeno, un otro satisface su demanda, e instala el modelo del deseo. En nuestros días Bernard Golse la considera a esta vivencia “*piedra angular en la construcción de la metapsicología freudiana ya que plantea la cuestión de la inscripción mnémica del encuentro con el objeto*” (2007, p.1385). Imre Hermann, otro psicoanalista de la escuela húngara, la llama “unidad dual” y la piensa como “principio último de inteligibilidad que rige los hechos metapsicológicos, tanto en su funcionamiento como en su génesis” (Hermann 1972, citado por Abraham y Torok, 2005, p.314). Esta unidad dual la describe como “al período en que madre e hijo habrían vivido inseparables, en la unidad redoblada de su completud respectiva” y plantea un instinto de aferramiento del neonato a su madre que funciona como cimiento de la unidad dual (Hermann 1972, citado por Abraham y Torok, 2005, p.315). Nosotros pensamos que el lugar del “otro” para Ferenczi es altamente más significativo que en la posición freudiana. La “precesión de las relaciones intersubjetivas”² (Lagache, 1968) no agota la idea de intersubjetividad subyacente en Ferenczi. Su conflictiva idea de “mutualidad” anticipa, a nuestra manera de entender, la noción de vínculo y estimamos que si la vida le hubiera dado más tiempo, hubiera inferido que “*la primera unidad de medida del psiquismo que emerge no es la representación de un objeto, sino la de un vínculo, y especialmente, de uno en el que no están demarcados de una manera nítida, los límites de sus actores*” (Bernard, 1999, p.49). Es en ese vínculo primordial en el cual tendrán lugar todas las vicisitudes del nacimiento psicológico y por ello que su ruptura produce tan severa patología.

² El modelo de relaciones intersubjetivas significativas para los recién llegados ya existe dentro de la coyuntura social, cultural y familiar a la que se incluyen. En palabras de Lagache, “*Antes de existir en él mismo, por él mismo y para él mismo, el niño existe para y por el otro, es ya un polo de esperas, proyectos y atributos*” (1968, on line).

En apretada síntesis: si una unidad original es lograda lo estará, también, el proceso de introyección, que constituye y ensancha el yo y que en su interjuego conforma, también, el núcleo de la subjetividad de ese ser humano, que es “potencia activa de ser, proceso abierto, movimiento, posibilidad de transformación” (Paz, 2008, p.159). A los tres procesos se accede por la vía del amor, que requiere, necesariamente, de “otro”.

Retornemos a la paciente para pensar su fracaso de esta unidad. Habíamos hablado de vergüenza y humillación. ¿Cómo funciona este afecto de la vergüenza? Ante todo, no es un afecto natural de la dinámica intrapsíquica, como es la angustia y, como la envidia, es un fenómeno bipersonal. Se necesita de un avergonzador, en este caso del deseo de apego, para que se desarrolle la vergüenza, y es precisamente, la madre, quien en su rechazo la avergüenza por el despojo violento y actuado con iniquidad con el que la humilla. Con la vergüenza no pide auxilio, muestra para el afuera y se muestra que no necesita de su madre, aunque, en su interior, clame por ella desesperadamente. Que la madre rehúse de ella la escinde, y ambas demandas afectivas van a coexistir en el mismo espacio psíquico. La vergüenza es un afecto muy primitivo, son los niños en vías de estructurar su aparato psíquico quienes sienten vergüenza. Inés enrojece, ciertamente, porque no puede separarse de su madre, le es indispensable, pero la herida que le produce con su rechazo la conduce a la vergüenza y pierde la orientación que la llevaría simbólicamente a la madre. Sin duda también se tiene que dar la represión de su propio deseo de apego —la omnipotencia del no pierdo nada, no te necesito— así como la omnipotencia de ofrecerse a sí misma como objeto de acogimiento, —incorporación mágica del objeto a la que nos referíamos (Abraham y Torok, 2005). Inés conserva en secreto lo que resta del objeto y también oculta su vergüenza, que la aparta de cualquier relación que amenace con penetrarla. Inés queda desamparada, *indigente* y arde de furia, identificada con su madre. Recién cuando el análisis la ayude a alcanzar su estructuración psíquica podrá expiar la vergüenza y dar cabida al sentimiento de culpa.

No conocemos el estado psíquico de la madre, sólo el reclamo de

Inés: “atendió más a mis abuelos que a sus hijos”, parece que no pudo separarse de sus padres para acoger a su propia familia. E Inés viene a Buenos Aires, hace más de 30 años, y tampoco dejó internamente a su familia.

La falta de amor y reconocimiento la lleva a vivir en permanente sentimiento de exclusión sádica y cruel, compitiendo con rivales que imagina, convirtiéndose en una buscadora de títulos y certificados que le permitirán triunfar maníacamente sobre los demás, o para responsabilizarlos de sus “marginaciones”, o para “tapar” los agujeros de su débil yo. No encuentra su propio *self*, no asume el protagonismo de su vida, no logra el sentimiento de agencia. Está lejos de una desidentificación de esta deficiente situación primordial ya que por el momento el fantasma es “el vacío”.

Esta primera herida se reactualiza con el nacimiento de su primer hermano varón, “el elegido de su madre”. Para atenuar su dolor se acerca al padre quien confunde su pedido de amor por pasión, y abusa de ella. Al abuso siguió la desmentida de ambos padres. A pesar de esta violencia no disminuye su disponibilidad afectiva hacia el padre, es a quien afectivamente rescata. ¿Cumple así su deseo edípico y triunfa maníacamente sobre la madre?

En la dinámica familiar, el juicio de la madre es el que se tiene en cuenta, el padre ocupa un lugar secundario y la única figura masculina que detentó poder es el tío materno; otro indicador de una alianza paterna no establecida. Este tío acaba de fallecer. Inés decidió no viajar para asistir al velatorio. No puede enfrentar duelos porque no tiene palabras que los signifiquen, sus palabras son vacías y para enfrentarlo debería hacerlo primero con el dolor. ¿Qué tipo de fantasía supletoria llena ese vacío? ¿Pertenece a la misma fantasía de incorporación del objeto con la que reemplaza el fracaso del proceso introyectivo? Algo parecido se dio con la muerte de su madre ¿Construye en su interior un panteón secreto donde están los muertos-vivos de la familia? Se vislumbra este problema en las dificultades que aparecieron entre los hermanos al hacer la división legal de los seis terrenos que contienen la finca familiar y que se agudizaron frente a una potencial venta ¿un extranjero en tierra propia? La solución parece encontrarse si sólo

se venden entre ellos. De esa manera los muertos quedan vivos en su cripta y nada cambia y el yo se tranquiliza. Es la misma dificultad que le produce separarse mentalmente de su provincia. Se asegura así que todo queda igual en un mundo y un tiempo detenido, pero no se manifiesta en una herida abierta de tipo melancólico, tampoco hay escena libidinal, o duelo por ella, el amor no tiene espacio.

En su mente configuró una pareja de padres combinada, deprivadora y persecutoria. Tan intensa es su derrota edípica que organiza “su ser alguien” buscando venganza, con cierta gratificación perversa expresada a través de una queja rabiosa, por identificación con los objetos de odio, que la deja más vacía. Consideramos que no puede avanzar en ninguna relación de pareja o entre pares, porque se le actualiza esta situación primaria, y sus agresiones brotan espontáneamente sin registro de ello. Puede analizarlo a posteriori. Pasó con una última pareja, menos destructiva que otras, pero que tampoco pudo sostener; la presencia de un otro ensombrece su sentimiento de grandeza y le plantea una situación de dependencia positiva que no discrimina de la temida dependencia y reactiva la agresión. En el trabajo de análisis la hostilidad y el desafío están escondidos detrás de su aparente deseo de colaborar, pero retornan en su necesidad de dominio, de ser única, o superior, de hacer sentir al otro impotente, rasgos que hacen a su coraza caracterológica. Se extraña de no sentir culpas y dice que no sabe qué es perdonar, busca material para leer sobre el tema con idea de comprenderlo. Es que para ello tendría que poder pensar e internalizar padres capaces de perdonar. Queda en la vergüenza, la humillación, la degradación que podría ubicarse en una interfase cuerpo-mente. Con poca capacidad de distinguir el cuerpo de la mente se le abre una brecha a nivel mental donde todo puede entrar y salir; por eso recurre a defensas drásticas: la huida a través de la negación, la pelea. Cuanto más se acerca a la angustia de separación-intrusión su cuerpo se percibe más amenazado. Se percibe también una circularidad dialéctica entre la vergüenza, el temor a ser excluida y la vergüenza inducida por la exclusión. Por eso también hay verdades (realidad psíquica) que no puede escuchar. Sus autoengaños son el camino que elige para sobrevivir. Cuando ahora se le muestran los acepta, pero da la sensación que no son más que meras confesiones, o nuevas formas de apartar

el dolor, que es diferente a aceptar sus propias dificultades. Y en la escucha analítica se vislumbran consecuencias autodestructivas. Esto crea confusión y aumenta su desvalorización. También por vergüenza oculta sus sentimientos de omnipotencia que reafirman su arrogancia. Llegan a sesión espontáneamente cuando la omnipotencia es inmensa por el terror a enloquecer. Su sentimiento de exclusión le es insoponible, le induce a más vulnerabilidad que tiene que ocultar, pero se expone a la mirada de todos al actuar con autosuficiencia, altivez y arrogancia. Está en permanente tensión entre su autosuficiencia y su vulnerabilidad. Tal vez este sentimiento oculto de vergüenza es el que genera su sensación de desesperanza, de que nada cambiará, expresado a través de su depresión, en la que se oye la impotencia, el fracaso, la pérdida de autoestima, la imposibilidad de hacer realidad sus ambiciones e ideales y recuerda lo que Kohut habla de “desesperación sin culpa” (1980, p.167), ese sentimiento intolerable de mortificación, de falta de una vida significativa, de mundo vacío. Y decimos, con Michael Conran, que “la culpa y la vergüenza son incompatibles: una o la otra, pero no ambas al mismo tiempo [...] la vergüenza es el veneno de la culpa, ya que la vergüenza es totalmente opuesta al pensamiento, del cual depende la culpa” (1993, p.847).

El vínculo asimétrico y las consecuencias del abuso de poder ocupan el pensamiento de Ferenczi

[...] desemboqué en el ‘servicio por amor’ junto a un hombre fuerte, y permanecí dependiente” Ferenczi 1988, p.226

[L]a influencia del cuidador es amplia y más extensiva que lo que Freud supuso; [...] [también] la idea de la permeabilidad y vulnerabilidad de las mentes y corazones infantiles, permeabilidad y vulnerabilidad tan conspicuas como para hacer que Ferenczi ruegue por un estatuto ontológico específico que pueda declarar con claridad, sin duda o vacilación, la diferencia entre los derechos y tareas, obligaciones y responsabilidades de los adultos, como

opuestas a las de los niños y, en paralelo, a la de los pacientes” (Borgogno, 2012, p.212).

Pensamos en las relaciones asimétricas como modelo paradigmático de la “unidad original”, o de sus equivalentes temáticos: vivencia de satisfacción” y “unidad dual”, las que, más allá de sus diferencias proporcionan el modelo de “encuentro o desencuentro” que resulta de este tipo de relaciones, en las que Ferenczi pone tanta atención a lo largo de todos sus trabajos. Desde el comienzo de su obra constituyen un motivo personal de preocupación.

El vínculo asimétrico es una relación vinculante entre dos polos: uno predominante y otro dependiente (Pérez, 1999), detrás del cual hay una noción de autoridad, que no debe relacionarse sólo al poder del polo en ventaja sino más específicamente a la calidad de escucha y de respuesta empática que es capaz de ofrecer. De no darse tal empatía la relación tiene poder de dejar al polo en crecimiento huérfano de reverie transformador. (Casullo, 2000). Es una forma de vincularidad inevitable, pero sólo será operativa si *cada uno de los polos está realmente interesado en el otro*, como ocurre en el contrato narcisista (Aulagnier, 1975) donde ambos polos satisfacen sus propias necesidades narcisistas: los padres satisfacen una fantasía de completud, de perennidad, de ser un referente identificatorio, de fertilidad, y le dan al hijo, amenazado por la supervivencia, un lugar de protegido, lo cuidan, lo libidinizan, le atribuyen la condición de único, le anticipan un espacio en el mundo social.

Este tipo de vínculo, indispensable en cualquier institución de existencia *“porque plantean todos los problemas de alteridad, esto es, de la aceptación del otro en tanto sujeto pensante y autónomo”* (Enriquez, 1989, p.84), operará de forma adecuada cuando *en ambos polos se instala el registro de confianza, deseo y capacidad de vivir*. Pero para que se logre esta potencialidad de brindar la respuesta que el otro necesita, el que ejerce el polo de poder requiere de empatía y simpatía que le permiten ponerse en el lugar del polo dependiente y ofrecerle lo necesario para vivenciar la experiencia, ser su protagonista. Sólo si esto se logra *el polo dependiente atribuye “autoridad”* al polo de poder, algo semejante a una madre suficientemente buena,

que *comprende, reconoce, acompaña, ayuda, actúa como continente, protege, acepta la introyección del deseo, de sus pulsiones libidinales, su deseo de conocer favoreciendo el acercamiento del inconciente al yo, ayudando al levantamiento de las represiones...* Todo ello será luego incorporado como identificación.

Lamentablemente, con mayor frecuencia que la deseable, el polo en ventaja ejerce su función con abuso de poder, anulando la capacidad transformadora y creativa del vínculo y perturbando la constitución del psiquismo humano, al injuriar el amor y la confianza en el propio *self* y al producir “un estado consistente y duradero de ‘mortificación narcisista’” (Borgogno, 2008), como el que presenta la paciente que nos ocupa.

Es en este sentido que el adulto puede, como Ferenczi plantea, generar el trauma, y aún después desmentirlo; segundo tiempo del trauma. Desmentida que el polo de poder impone de forma violenta en el psiquismo temprano y es llevada a cabo por el mismo otro significativo, o por ambos otros: “acá no pasó nada”, digamos “nadie te violó”, con lo que confunde la percepción infantil al negar la realidad, infligiendo así este segundo trauma. No sólo no convalida la percepción ni el afecto en juego, sino que en su lugar “implanta”, “injerta”, “intropresiona”, impone otra realidad, en grados diferentes.

Nos interesa recalcar que esta intropresión, neologismo creado por Ferenczi (1988, p. 353) para referirse a la violencia y represión propia de muchos cuidadores, también puede ser un “factor perturbador” en la formación analítica. “La intropresión conlleva un efecto descalificador y desmentidor de las representaciones y pensamientos del niño, del paciente o del candidato que terminan perdiendo toda la confianza en el valor de la interpretación que ellos hacen de la realidad psíquica” (Martín Cabré, 2009, p.301), descalificando su capacidad de pensar, de discriminar, de confiar en su propio *self*. Cualquiera de estas formas de desautorización fuerza la escisión –que Ferenczi llama “escisión narcisista del yo”--, la atomización, la fragmentación, la pérdida del sentimiento de agencia... En síntesis, no afianza el desarrollo al que debería contribuir.

El traumatizado, a los fines de sobrevivir, incorpora al agresor

(identificación con el agresor) (Ferenczi, 1932) quien pasa a formar parte de lo intrapsíquico y puede así ser modelado y transformado alucinatoriamente. Cesa la agresión del exterior y recupera la situación de pseudo ternura anterior. De manera autoplástica, quien está expuesto al trauma, transforma mente y cuerpo, pero pierde su capacidad de transformar la realidad externa. Puede llegar a la “autotomía” de partes de su ser, queda mutilado con el auxilio de alucinaciones positivas y negativas. Puede también llegar a un completo desapego del mundo exterior. Escapa del dolor, pero el precio es muy alto.

Ferenczi también enfatiza la identificación con el sentimiento de culpabilidad del agresor que provoca un cambio significativo en la manera de ser del niño. Lo inocente de su juego lo convierte en vulnerable y entra en alta confusión porque en su escisión es inocente y culpable, desmoronándose así la confianza en su propio juicio. Queda confundido por la hipocresía que los que detentan el poder le imponen. “A la confusión traumática sólo se llega [...] cuando ataque y respuesta son desmentidos por el adulto cargado de culpa, y se los trata como si fueran algo punible (Ferenczi, 1932a, p.241).

El odio en el Edipo y la queja vengativa. Sin lugar para el amor

¡Escucha, Naturaleza; escúchame diosa amada! Suspende tus designios, si te proponías hacer fértil a esta criatura. ¡Y que de su cuerpo degradado jamás surja un niño que la honre! ¡Si es que va a parir, que engendre un hijo del rencor, que viva para ser su tormento, perverso y desnaturalizado!

Shakespeare, Rey Lear (p.49)

Algunos personajes de Rey Lear resuenan en la mente del analista cuando contacta con el mundo interno de Inés y su familia, la dictadura que crean sus objetos internos, los distintos modos de castración que construyen, las trampas que se organizan a sí mismos, el desafío

a la culpa. Inés es un *self* fragmentado, inmovilizado, con enorme capacidad de experimentar persecución y tormento. Tiene terror a quedar sola, pero no sólo de objetos externos sino de la capacidad organizadora o contenedora del *self*, es por eso su terror a enloquecer. Exacerba la herida narcisista y es difícil sacarla del lugar de mera víctima desafortunada de la ingratitud materna, aunque para nada la desmentimos y por el contrario incluimos la “confusión de lenguas” con la que vivió sus años de infancia, que marcan su vulnerabilidad, que se esfuerza por negar. Infancia en la que sigue viviendo.

En la tragedia de Inés también hay momentos escalofriantes como el del epígrafe. Su rabia es destructiva y consecuencia de entender la realidad como una amenaza para este sistema de defensas que organiza en un autoengaño. En medio de su frustración queda dominada por la necesidad de destruir un mundo que vive como persecutorio llena de resentimiento. Pero no puede perseguir abiertamente la venganza, es peligroso porque se expone, como Rey Lear, a un nuevo desamparo. En la queja vengativa niega la pérdida del objeto y mantiene encendida la llama del odio. De esa manera se “organiza” detrás de un retraimiento narcisista, pone la injuria recibida en el centro de la queja y actúa su impulso de dominio de forma sádica para satisfacer su venganza, identificada, ahora, en el rol activo de la madre. Queda encerrada en esta fase sadomasoquista desde donde “controla” la situación traumática reactuándola en su propia persona e instalando esta modalidad de relación “dominio-sometimiento”, como dimensión fundamental de sus relaciones intersubjetivas. El conflicto edípico toma la forma de un conflicto de demandas. Desalojada del mundo del amor, se ubica en el rol de perseguido-perseguidor. Podemos imaginar sus palabras: “no me dieron lo que me pertenece, no los necesito, me voy a hacer sola, seguiré maldiciendo a mi madre por lo que no me ha dado, y me corresponde”, sin registro de cuánto se destruye en el afán de destruir. Inés no puede duelar lo que no tuvo, porque siempre lo negó, continuando la dificultad para ponerle palabras, permanece atrapada en su propio engaño.

Los padres y, por desplazamiento simbólico, los otros significativos, juegan en la paciente el rol de adversarios, la que sigue viviendo

en el estado de no olvido. Está atrapada en la ley taliónica. Dice no entender qué es perdonar. Su resentimiento parece interminable, sus heridas no cierran. Resentimiento y necesidad de dominio van de la mano, para vengarse se necesita “retener” el objeto. Es la dueña de la única verdad poderosa e indiscutible, por lo que no encuentra otra salida más que la de repetir en sus relaciones intersubjetivas el modo de relación asimétrica con la que se crió, cumpliendo ambos roles simultáneamente. Este modo de actuar lo trae a la transferencia, no falta, ahora llega puntualmente, participa narrando hechos, muchas veces de manera confusa, asocia poco, es bajo su *insigh* y su real interés en cambiar. En el tratamiento transfiere su desesperanza y sólo el analista parece interesado en un cambio real. Permanece en su adicción a buscar venganza, son los otros quienes tienen que cambiar. Como refiere Betty Joseph (1987), queda en un rumiar sadomasoquista adictivo-impulsivo pero gratificante. Permanece en una acusación que representa un ataque destructivo dirigido al otro, a sí mismo y al propio análisis. Ha incorporado su convicción del derecho a la queja, derecho narcisista resultante del trastrocamiento de sus padres en adversarios, y que le otorga una falsa significatividad a su debilitado yo ¿Es el terror al derrumbe lo que la conduce a incrementar la resistencia y evitar el análisis de este estado mental? Verbaliza su pánico de enloquecer, pero no acepta la relación con su propia destructividad, lo deposita “en lo que le pasó en su vida”, sin registro de su actitud activa de aferramiento a esa situación, aunque, lentamente, adquiere mayor registro de su agresión, no aún de la magnitud que tiene en ella la vuelta de ésta sobre sí misma.

Desde pequeña la agresión es su modelo de vinculación. Su “actitud contestataria”, se inicia con el dominio del lenguaje y la dirige especialmente a su madre. Llevó tiempo de análisis para que comenzara a percibirla. Su respuesta a cualquier señalamiento-interpretación que pudiera poner en jaque este narcisismo destructivo era “¡NO!”, seguido de un salto a otro tema, que claramente indicaba su resistencia. Empezó a reconsiderarlo cuando el analista incorporó en las interpretaciones la hipótesis de que el modo de funcionamiento revelado en la transferencia podía ser la forma narcisista de resolver

conflictos transmitido por los padres (Faimberg, 1993). Su dilema es vivirse totalmente excluida por la madre y creerse con derecho a ser la poseedora de ésta. Al ser rechazada y también violentada³ por su madre, debido a su actitud contestataria defensiva y recibiendo una única enseñanza: “los padres son los que saben”, Inés quedaba incomprendida, frustrada y paralizada. Solo podía repetir esta modalidad de respuesta al mundo que vive como persecutorio. Su primera respuesta es la distancia rechazante del otro: es un perseguidor.

Sus ansiedades persecutorias y de exclusión no tienen límite en su psiquismo. Por negar su desamparo, asegurar su supervivencia y vengarse de su madre, la paciente vive en la paradoja de destruir sus objetos externos sin darse cuenta que de esta manera perpetúa la situación traumática ad infinitum. Identificada con el agresor, vuelve aceptable la agresión y controlable al agresor, pero ya incorporó al adversario. El sufrimiento del trauma temprano instala a estos pacientes en una paradoja que los atrapa en un modelo perverso donde el núcleo es el impulso adictivo de destruir al otro, pero se destruyen a sí mismos. Encerrada en esta contradicción entra en el rumiar de la queja, que no le ofrece salida, la mantiene fuera del tiempo, la frustra, sólo consigue con ella retar al objeto y vengarse de él. Llamamos al presente trabajo “paradoja del sufrimiento” con lo que intentamos describir este mecanismo con el que se tramita el dolor provocado por los dos tiempos del trauma temprano a través de generar otro dolor que desampara, deja fuera del mundo. Es un recurso circular, sin salida, que equipara términos contradictorios: busca amor y reconocimiento al tiempo que aspira vengarse del mismo objeto. Optamos por esta figura del discurso porque describe aseveraciones contradictorias presentadas con apariencias de verdaderas, como la que subyace a este mecanismo: *vengarse para ser amado*. Las sentencias paradójales son

³ De niña sus padres la someten a métodos violentos, que generan desvalorización, vergüenza y humillación. El padre la ata al tronco de un árbol para que “crezca derecha”, en respuesta a su actitud contestataria que desarrolla tempranamente, con la que expresaba su rabia/odio por la desolación y el desamparo que encuentra en su casa. Era largo el tiempo en el que quedaba atada y expuesta a los otros miembros de la familia. “Para que te hagan mejor hija” la cambian a una escuela de monjas, estaba bien integrada en la estatal.

típicas del discurso religioso: “morir para resucitar”, “los últimos serán los primeros”, aunque pierden su carácter paradójico al incluirse la discontinuidad “temporal” (presente terrenal-futuro escatológico) y “dramática” (acción humana-acción divina) de la posición cristiana.

Inés está lejos de comprender o cuestionar los motivos de su venganza; la “verdad” por la que instala su queja vengativa, es cosa juzgada dentro de su psiquismo; y busca que el analista se alinee con esa verdad, que funcione de cómplice, más que de testigo de su sufrimiento egoísta. Espera justicia, pero ésta existe si falla a su favor. En la transferencia-contratransferencia espera la absolución-reconocimiento, entonces hay aceptación del analista, pero si vivencia el fallo como exclusión-condena, como ocurre cuando el analista intenta conocer algo más de su participación en el hecho; aparece su persecución, “no me creen”, y vuelve al pleito invocando terceros que “testifiquen” su verdad, en el intento de descalificar o anular la función del analista. Pero desconoce su descalificación, la deposita sólo en el relato. Nos preguntamos, ¿necesita del analista como objeto presente, aunque escindido, al servicio de su narcisismo? ¿No puede ubicar en él al objeto deprivador, o es que necesita aplacarlo para que nada cambie y por eso dice que “en su persona encuentra comprensión, le produce paz y se lleva la musicalidad de su voz que la acompaña siempre”. Pero no comprende la letra de la ternura, ni la puede repetir. Ahora disminuyó las peleas en su lugar de trabajo, pero no se observa un real cambio, por el contrario, se percibe una retracción de ella en el grupo de trabajo, con lo que desciende la actitud vengativa. Lo que es cierto es que escucha más y, como dice: “tengo la mente más clara, ahora comprendo lo que hablamos”, más; comienza a darse cuenta que activamente instala la pelea, pero la sigue justificando, su verdad/realidad psíquica no ha cambiado, no ve otro mundo para ella, no se ve actora de nada de lo que le pasa. Esa actitud pasional que ponía en la queja-vengativa es sucesora de su actitud contestataria infantil, que sigue admirando en silencio.

El analista en alguna oportunidad le usó el símil de Schopenhauer sobre la sociedad de los puercoespines (*Parerga y Paralipomena*), para intentar que pensara cómo es la interacción en un grupo organi-

zados de individuos, cómo todos son portadores de lo bueno y lo malo pero, a pesar de que muchas veces pide que se le vuelva a contar no puede imaginarse como un puercoespín más, que para abrigarse en la helada noche de invierno irá probando las distancias para acercarse a los otros sin pincharse ni lastimar con sus púas. Aunque sin pelea sigue defendiéndose de las injustas espinas que le han clavado, sigue en su visión narcisista del mundo donde ella es el centro, no puede ser una más, aunque lentamente pierde frecuencia la pelea, pero siempre defendiéndose del dolor. No sabe que en un grupo todos pueden tener un lugar protagónico. Está en una posición infantil, es centro o está excluida. Se comporta como si tuviera la fantasía de que repitiendo sucesivas quejas, logrará su meta: “que cambie el que cometió el crimen”. No puede tolerar el dolor para empezar a pensarlo.

Hay oportunidades en las que siente la necesidad de desaparecer “de meterse debajo de la alfombra” o “de ser tragada por la tierra”; estos sentimientos también la separan de sus afectos dolorosos aumentando la disociación narcisista, que le genera gran dificultad para asociar y la lleva a casi perder su pobre capacidad de *insight*.

Su necesidad de apoyarse en un “juez” que falle a favor de su verdad habla de la presencia de un elemento de duda constante, sin embargo no puede acercarse a conocerlo. Prescindir de sus objetos le es imposible, ya que no le son indiferentes, pero como Narciso necesita maltratarlos y comprobar que su indiferencia los afecta. Como en el mito no le alcanza con ver su imagen reflejada en el lago, requiere de las constantes demostraciones de amor y admiración de la ninfa Eco para establecer esta especial forma de interacción que desconsidera cualquier manifestación de amor y la transforma en recursos para alimentar y consolidar su soberbia.

Pensamos que Inés, como otros pacientes de este tipo, que están en la frontera de la sin razón, requieren de nosotros un tipo de cambio interpretativo. Éste debería reunir ingredientes como la noción de continente de Bion, la de sostén de Winnicott, la afirmativa de Killingmo, la empatía de Ferenczi, aunque no necesariamente deben estar juntos en la misma interpretación. Damos importancia también al factor temporal de la interpretación. Por ejemplo, si como Killingmo

afirmamos que en ese momento su actuar fue adecuado, valoramos la acción para ese momento específico, introduciendo el tiempo en la atemporalidad que los caracteriza.

Incluimos las perturbaciones psíquicas de los traumas tempranos dentro de los trastornos del narcisismo. En este tipo de estructura el analista va a transitar su tarea con una exposición contratransferencial más exigida. Durante mucho tiempo deberá prestar al paciente su aparato de pensar, tener especial cuidado en sus propios escotomas, que estos pacientes pueden movilizar y que podrían llevar a contratuaciones que hagan perder de vista al paciente e inducirlos a *actings*. Esto enfrenta al analista con el dolor de ser analista.

En este dolor también está incluido el monto de sufrimiento que le demanda a este tipo de paciente cada cambio. Trabajar con ellos activa nuestra capacidad de pensar, se necesita cuestionar la perspectiva antes de dar la pincelada – interpretación. La precaución es evitar la retraumatización o la nueva desmentida de una percepción real de ellos. Trabajamos con la confianza plena de que con el método psicoanalítico descubriremos las respuestas a muchos de los interrogantes que se despiertan en el trabajo analítico.

Consideramos que este es el camino del proceso.

Referencias bibliográficas

- Abraham, N. y Torok, M. (2005) *La corteza y el núcleo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1975). *La violencia en la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Baranger, M, Baranger, W, Mom, J. (1987). El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud. En *Revista de Psicoanálisis* 44: (745-774).
- Bion, W. (1972) *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós,
- Borgogno, F. (1999). *El psicoanálisis como recorrido*. Madrid: Editorial Síntesis.
- (2008) La concepción clínica y psicoanalítica del trauma en Ferenczi. En *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*. 11-12 (219-229).
- (2012). Ferenczi y la otredad: notas para una “lección ideal”. En *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*. 15-16 (209-220).

- Boschán, P. (2008). Trauma y niñez. En *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*. 11-12 (231 - 241).
- (2009). *Vigencia del pensamiento de Ferenczi en el psicoanálisis de hoy*. (Mimeografiado).
- (comp). 2011. *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI*. Buenos Aires: Letra Viva.
- (2011) Transferencia y contratransferencia en el Diario Clínico de Sándor Ferenczi. En Boschán, P. (comp). *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI* (p.31 – 40).
- Canetti, E. (1988) *La lengua absuelta*, Buenos Aires: Proyectos editoriales.
- Casullo, A. (2002). Los vínculos asimétricos. En Casullo, A. *Psicología y educación. Encuentros y desencuentros en la situación educativa*. (p.155-198) Buenos Aires: Santillana.
- Conran, M. (1993) Algunas consideraciones sobre la vergüenza, la culpa y el perdón. En *Revista de Psicoanálisis* 50 : (839-857).
- Faimberg, H. (1993). La dimensión narcisista de la configuración edípica. En *Revista de Psicoanálisis, T 50* (901- 917).
- Feldman, M. (2008). La queja: la configuración edípica subyacente. En *Libro Anual del psicoanálisis*. 2009 (101-113).
- Ferenczi, S. (1981[1909]. Transferencia e introyección. En *Sándor Ferenczi. Obras Completas*. Madrid: Espasa Calpe. Tomo1 (p.99-134).
- Ferenczi, S. (1981[1912]). El concepto de introyección. En *Sándor Ferenczi. Obras Completas*. Tomo Madrid: Espasa Calpe. Tomo 1 (p.217-219).
- Ferenczi, S: (1984 [1928]) La adaptación de la familia al niño. En *Sándor Ferenczi. Obras Completas*. Tomo 4. (p. 33-47).
- Ferenczi, S. (1984 [1930]) Principio de relajación y neocatarsis. En *Sándor Ferenczi. Obras Completas*. Tomo 4. (p. 91-108).
- Ferenczi, S. (1988 [1932]). *Diario clínico*. Buenos Aires: Conjetural.
- Ferenczi, S. (1997 [1932 a]) *Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Ferenczi, S. (1984 [1933]. Confusión de lengua entre el adulto y el niño. En *Sándor Ferenczi. Obras Completas*. Madrid: Espasa Calpe. Tomo 4. (p. 139- 149).
- Ferenczi, S. (1984 [1920 y 1930-1933]) Notas y fragmentos. En *Sándor Ferenczi. Obras Completas* Madrid: Espasa Calpe.. Tomo 4. (p. 297-353).
- Frankel, J.B. (2008). La teoría del trauma en Ferenczi. En *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*. 11-12 (249-274).
- Freud, S. (1976 [1984] Manuscrito E. En *Sigmund Freud Obras completas*. Buenos Aires Amorrortu . tomo 1 (p.228-234).

- Freud, S. (1976 [1895]). Proyecto de psicología. En *Sigmund Freud Obras completas*. Buenos Aires Amorrortu tomo 1 (323- 335).
- Freud, S. (1976 [1920]) Más allá del principio del placer. En *Sigmund Freud Obras completas*. Buenos Aires Amorrortu.Tomo 18 (1-61).
- Freud, S. (1976 [1926]) Inhibición, síntoma y angustia. En *Sigmund Freud Obras completas*. Buenos Aires Amorrortu.Tomo 20 (71-160).
- Freud, S. (1976 [1930]) El malestar en la cultura. En *Sigmund Freud Obras completas*. Buenos Aires Amorrortu. Tomo 21 (57-140).
- Freud, S. (1976 [1939]) Análisis terminable e interminable. En *Sigmund Freud Obras completas*. Buenos Aires Amorrortu. Tomo 23 (211-253).
- Freud, S. (1976 [1937]) Construcciones en el análisis. En *Sigmund Freud Obras completas*. Buenos Aires Amorrortu. Tomo 23 (255 -269).
- Gabbard , G.O. y Ogden, T. (2009) On becoming a psychoanalyst. En *International Journal of Psychoanalysis*. 90, 311-327. Hay traducción en *Libro Anual del psicoanálisis*. 2010 (227-238).
- Green, A. (2008). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1986). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires, Amorrortu
- Golse, B.. Vivencia de satisfacción . En De Mijolla, A. (2008) *Diccionario Akal Internacional de Psicoanálisis*. España: Akal.
- Gutiérrez Peláez, M. (2010) Teoría del trauma en los escritos de Sándor Ferenczi de 1931 y 1932. En *Libro anual de Psicoanálisis*.25 (97 -109).
- Hermann I. (1972). *L'instinct filial*. Paris: Denoël. Ver introducción a esta obra escrita por Nicolás Abraham en *La corteza y el núcleo*. Op.cit. (p. 294-335).
- Joseph, B. (1987) Adicción a la vecindad de la muerte. En *Revista de Psicoanálisis* 44 (241-255).
- Kancyper, L (2010). Resentimiento terminable e interminable en El último encuentro de Sándor Marai. En *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: APA 50 (323-340).
- Kohut, H. (1980). *La restauración del sí mismo*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós.
- (1980) Reflexiones sobre el narcisismo y la furia narcisista. En *Revista de Psicoanálisis*.37(433 – 466).
- Kovadloff, S. (2008). *El enigma del sufrimiento*. Buenos Aires: Emecé.
- Laplanche, J. (1973). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires Amorrortu.
- Lagache, D: (1968) El psicoanálisis y la estructura de la personalidad. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* tomo 10. On line.
- Maldonado, J (2008). *El narcisismo y el trabajo del analista*. Buenos Aires: Lumen
- Martin Cabré, L (2009). De la introyección a la intropresión. En Boschán, P. (comp.) *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI*. (p.301-310).

- (2008). Más allá de la interpretación: La concepción psicoanalítica del trauma en Ferenzi y la cuestión de la temporalidad. En *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*. 11-12 (243-248).
- Mauer, S y May N. (2001). El trabajo de la parentalidad: una lectura metapsicológica. En *Psicoanálisis* 23 (615-624). Buenos Aires: Apdeba.
- Morrison, A. (1997) *La cultura de la vergüenza. Anatomía de un sentimiento ambiguo*. Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J. (2011). *El libro del dolor y del amor*. México: Gedisa.
- Ogden, T. (2009). *Rediscovering Psychoanalysis: Thinking and Dreaming, Learning and Forgetting*. London-New York: Routledge.
- Paz, R. (2008). *Cuestiones disputadas*. Buenos Aires: Biebel- SAP.
- Pérez, A. (1997). *Acerca del funcionamiento mental: La vincularidad asimétrica*. Conferencia en la Sociedad Argentina de Psicoanálisis.
- Pontalis, J.-B. (1978). *Entre el sueño y el dolor*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rosenfeld, H. (1971-72). Aproximación clínica a la teoría de los instintos de vida y de muerte. Una investigación de los aspectos agresivos del narcisismo. *Revista Uruguaya del Psicoanálisis* (On line).
- Shakespeare, W. (2007). *Rey Lear*. Complejo teatral de Buenos Aires.
- Winnicott, D. (1975) *Realidad y juego*. Buenos Aires: Granica Editor.

Buenos Aires, julio 2013
48° Congreso IPA Praga 2013

